

De Rosalía de Castro a Juan Ramón Jiménez o la soledad gustosa

Gilbert Azam

Formas de citación recomendadas

1 | Por referencia a esta publicación electrónica*

AZAM, GILBERT (2012 [1986]). “De Rosalía de Castro a Juan Ramón Jiménez o la soledad gustosa”. En *Actas do Congreso Internacional de estudos sobre Rosalía de Castro e o seu tempo* (III). Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega / Universidade de Santiago de Compostela, 223-228. Reedición en *poesiagalega.org*. *Arquivo de poéticas contemporáneas na cultura*.

<<http://www.poesiagalega.org/arquivo/ficha/f/2218>>.

2 | Por referencia á publicación orixinal

AZAM, GILBERT (1986). “De Rosalía de Castro a Juan Ramón Jiménez o la soledad gustosa”. En *Actas do Congreso Internacional de estudos sobre Rosalía de Castro e o seu tempo* (III). Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega / Universidade de Santiago de Compostela, 223-228.

* Edición dispoñíbel desde o 24 de xullo de 2012 a partir dalgunha das tres vías seguintes: 1) arquivo facilitado polo autor/a ou editor/a, 2) documento existente en repositorios institucionais de acceso público, 3) copia dixitalizada polo equipo de *poesiagalega.org* coas autorizacións pertinentes cando así o demanda a lexislación sobre dereitos de autor. En relación coa primeira alternativa, podería haber diferenzas, xurdidas xa durante o proceso de edición orixinal, entre este texto en pdf e o realmente publicado no seu día. O GAAP e o equipo do proxecto agradecen a colaboración de autores e editores.

DE ROSALÍA DE CASTRO A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ O LA SOLEDAD GUSTOSA

GILBERT AZAM

Centro de Investigaciones sobre la Filosofía ibérica
Université de Toulouse-Le Mirail

Al hacer el retrato de Rosalía de Castro, Juan Ramón Jiménez practica una extraña fusión entre la poetisa y el paisaje de su Galicia natal, un paisaje de niebla y de lluvia, de tristeza y de lágrimas.

“Llueve en toda Galicia. Suelo y cielo están fundidos, el corazón de cuatro cavidades por su fibra interior, por la lluvia. Toda Galicia es el ámbito de un grande, sordo corazón. Las aldeas, iguales iglesias negras, más negras, negrísimas, de un negro primordial sacado por la lluvia, huelen a establo mojado humano. Rosalía de Castro piensa, de luto en la puerta de su casa, su campo, casa cubo con maíz, uva, hórreo medio, agua corriente cercana. Ve llover en lo verde blando, en la tierra líquida, en el agua terrosa; pasar, entre agua y agua, la vaca constante, el albino adolescente descolorido, el saludador astroso, el peregrino lanudo, el cura mugriento, la niña pecosa débil, el pequeño carro lamentoso.” (1)

Verdad es que no se puede suprimir nada de este texto, so pena de romper su poder evocador. La imagen acuática va asociada en esta página con la melancolía y el color negro. En un mismo ambiente de soledad se confunden la línea del horizonte y los confines del alma. Rosalía es pura y simplemente Galicia, y a la inversa Galicia designa a Rosalía. He aquí la descripción de la poetisa vestida de luto:

“Pobreza y soledad. Ansia, congoja, asfixia de tanta soledad y pobreza circundantes. Una boca grande, una simpatía fea, lloran, desesperan, sollozan. Rosalía de Castro, lírica gallega trágica, desesperó, lloró, sollozó siempre, negra de ropa y pena, olvidada de cuerpo, dorada de alma en su pozo propio. Desconsolación de hermosa alma acorralada, aislada, enterrada en vida! La rodean rebaños humanos que son como rebaños no humanos: el mismo cabizbajo pesar, idéntico olor imperdible, igual mansedumbre y sensualidad resignada. Y Rosalía de Castro no se cuida, no puede cuidarse. Anda loca con su ritmo interior, fusión de lluvia llanto, de campana corazón. Toda Galicia es un mojado manicomio, donde se tiene encerrada ella misma. Galicia, cárcel de ventanas en condenación de agua, niebla, llanto, por las que Rosalía ve sólo fondos cálidos de su alma”. (2)

(1) J.R. Jiménez, *Páginas escojidas*, (prosa), selección y nota preliminar de R. Gullón, Ed. Gredos, Madrid, 1958, p. 108. Respetamos aquí la ortografía de Juan Ramón Jiménez.

(2) *Ibid.*, p. 108.

La primera función del amor es rechazar ese miedo que se desprende de la muerte, no sólo la muerte que nos acecha, sino la que nos rodea y paraliza bajo los disfraces más diversos y las insinuaciones más sutiles. Rosalía de Castro se presentaba siempre a sí misma como el poeta de Galicia (3). Nacida en 1837, un año después de Bécquer, había puesto en su obra la indómita energía de su alma y el ímpetu de su fuerza espiritual. Juan Ramón Jiménez, que había leído sus versos cuando era colegial, se dejó cautivar por la filosofía de aquella mujer tan distante de toda ambición personal, tan llena de compasión por los sufrimientos humanos y al mismo tiempo tan intrépida a pesar del pesimismo estoico que parece servir de telón de fondo a su visión de la vida. Además, el joven poeta de Moguer debió advertir en ella cierto acento de verdad: sea en la obra escrita en dialecto gallego y que, a lo largo de *Cantares gallegos* o *Folla nova*, constituye una apología de Galicia, de su tierra y de su lengua; sea en los volúmenes en castellano que forman, por así decirlo, su testamento literario, jamás la abundancia de sentimientos que hallamos por doquier, ocultaron la profunda realidad que mana de un vigoroso sentido intelectual y de una comprensión desprovista de todo carácter convencional.

Estos rasgos se reflejan sin disimulo alguno en su lirismo subjetivo y hasta en su poesía de tipo folklórico. Dado el temperamento de Juan Ramón Jiménez, es evidente que el modo de ser y el aislamiento sistemático de Rosalía de Castro (que incluso cuando vivía en Madrid, se mantenía apartada de la sociedad literaria de su época y de sus exhibicionismos y se veía siempre rodeada de problemas de salud o de dinero) debieron hallar un eco en su alma.

Desde luego, la poesía de Rosalía de Castro estaba hecha para llamar su atención y merecer su estima. Su rico colorido local la sitúa rápidamente a un nivel nacional y quizás universal. Y es precisamente porque carece de pensamiento didáctico solapado o de intención filosófica declarada, que Rosalía de Castro nos abre su corazón con total ausencia de prejuicios y dicerios y alcanza así un valor trascendente. Esta lección de sencillez, sencillez de la vida misma, es conmovedora si consideramos que la poetisa compostelana vivió siempre solitaria, enfrentada a la angustia de desagregarse en el tiempo, un tiempo deshabitado e inútil. Así pues, las ideas expresadas, cual testimonios de experiencias vividas y preservadas de la ganga habitual de las inhi-

(3) Rosalía de Castro, en "Prólogo" de los *Cantares gallegos*: "Grande atrevemento é, sin duda, prá un probe inxenio como ó que me cadró en sorte, dar a luz un libro cuías páxinas debían estar cheias de sol, de armonía e de aquela naturalidade que, unida a unha fonda ternura, a un arrulo incesante de palabriñas mimosas e sentidas, forman á maior beleza dos nosos cantos populares. A poesía gallega, toda música e vaguedade, toda queixas, sospiros e doces sonrisiñas, mormuxando unhas veces cos ventos misteriosos dos bosques, brillando outras co raio do sol que cai sereniño por enriba das auguas de un río farto e grave que corre baixo as ramas dos salgueiros en frol, compríalle pra ser cantada un espírito subríme e cristaiño, si así ó podemos decir; unha inspiración fecunda como á vexetación que hermosea esta nosa privilexiada terra: e, sobre todo, un sentimento delicado e penetrante, prá dar a conocer tantas bellezas de primeiro orden tanto fuxitivo raio de hermosura como se desprende de cada costume, de cada pensamento escapado a este pobo á quen moitos chaman estúpido e á quen quisáis xusguen insensíbre. estrañó a devina poesía". (*Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1960, p. 264).

biciones de todo tipo, revelan un concepto de la existencia de gran valor, como documento humano directo.

Este consta de dos aspectos que sin duda repercutieron por igual en Juan Ramón: uno se refiere a aquella poesía de índole social en la que Rosalía de Castro asume la voz del pueblo gallego, cantando sus penas y la tragedia de la emigración, por ejemplo. ¿Quién sabe si Juan Ramón no se dejó impresionar por el lirismo de esta protesta, antes de dedicarse a la traducción de los poemas de Ibsen?

“ ¡Ai! ¡Qué, sinon, de min fora,
miña filla, miña filla!
sin agarimo no mundo
desde que nasín orfiña,
de porta en porta pedindo
tiven que pasar a vida.” (4)

Castelar, a quien Juan Ramón dedicó un poema, escribió en su prólogo de la edición de *Follas novas*, de 1880:

“Se oye el resuello de una raza forzada por su triste condición social a todos los trabajos más materiales y penosos. Se ven las marcas de las heridas seculares abiertas en los pobres campesinos por la antigua tiranía señorial...” (5).

Mas el dolor de su pueblo no impide que la poetisa compostelana cante su propia tristeza, lo cual forma el segundo aspecto, más personal, más íntimo de su obra, que cautivó la sensibilidad de Juan Ramón. Una de las cualidades más notables de Rosalía de Castro es su fundamental calidad poética, esa especie de percepción intuitiva del vínculo misterioso que existe entre el mundo interior y el mundo exterior, entre la luz de los ojos y la de los astros, el universo humano y el de la naturaleza. Al igual que las violetas —aquellas “almas de violetas”, tan queridas por Juan Ramón—, esta poesía se complace en brotar a la sombra, y, cual un perfume exhalado, expresa una ontología, una metafísica, hasta tal punto que Sister Mary Pierre Tirrel incluso habló de “una mística de la Saudade”. Dicho sea de otra forma, se trata de aquella melancolía indefinida propia de las elegías portuguesas y gallegas:

“De espumas que o mare
con pelras gomita;
de flores que nasen
o pé das fontañas.
De valles tan fondos
tan verdes, tan frescos,
que as penas se calman
non máis que con velos.
Que os ánxeles neles
dormidos se quedan,

(4) Rosalía de Castro, *op. cit.*, p. 276.

(5) *Ibid.*, p. 412.

xa en forma de pombas,
xa en forma de niebras". (6)

O bien:

"Mimosa, soave,
sentida, queixosa,
encanta si ríe, conmove si chora.
Cal ela ningunha
tan dose que cante
soidades amargas,
sospiros amantes,
misterios da tarde,
murmuxos da noite,
cantarte hei, Galicia,
na beira das fontes". (7)

Si deseáramos dar algunos ejemplos del parentesco entre los poemas de Rosalía de Castro y las primeras obras de Juan Ramón Jiménez, no sabríamos con cuales quedarnos: no se trata tanto de una identidad de vocabulario como de una fraternidad de alma. Citemos únicamente esto de Rosalía:

"Dempois á aurora
có su sembrante
feito de rosas
veu a alumbrarme,
e vin estonces,
antre o ramaxe
de olmos e pinos,
acobexarse
branca casina
con palomare
donde as pombiñas
entran e saíen.
Nela se escoitan
doces cantares,
nela garulan
mozos galantes
cas rapaciñas
de outros lugares..." (8)

y esto de Juan Ramón:

"... También en el cielo
el alba nacía;

(6) *Ibid.*, p. 272.

(7) *Ibid.*, p. 273.

(8) *Ibid.*, p. 292.

cubierta de lirios
 llegaba una niña
 besaron los ángeles
 sus blancas mejillas,
 y dándole estrellas
 y luz y sonrisas,
 mostráronle el cielo,
 sus rosas divinas,
 sus áureos jardines,
 las blancas casitas
 en donde los niños
 esperan el día
 radiante, en que dejen
 sus madres la vida..." (9)

En el diario *La noche*, de Santiago, del día 16 de mayo de 1963, J. Alonso Montero recuerda que Juan Ramón Jiménez había traducido a Rosalía de Castro y a Curros Enríquez; antes de dicho artículo y del estudio de Carlos A. Arean González, *Introducción a Rosalía*, publicado en 1953 en *El faro de Vigo*, Enrique Díez-Canedo, un joven crítico de la generación del 98, resaltaba de modo singular el resplandor de la poetisa en un trabajo significativo, incluso por su título: *Rosalía de Castro, un precursor*. Y al amparo de todos estos comentarios, junto con los de Unamuno o Azorín, lo que en definitiva realmente importa, no son las similitudes verbales, estilísticas o afectivas que se ponen de manifiesto entre Rosalía y sus sucesores, sino su trascendencia poética. Sobre todo debido a su último volumen escrito en castellano y titulado: *En las orillas del Sar*, y superando a Jacinto Verdarguer e incluso a Gustavo Adolfo Bécquer, Rosalía aparece como el poeta más serio e importante de todo el siglo XIX peninsular. De hecho, su poesía no nace a resultas de una femineidad frívola y superficial, sino que se enraíza en las capas más profundas de la angustia humana. Rafael Lapesa (10) ilustra este punto de vista afirmando que la esencia del dolor está tan estrechamente vinculada a la poetisa, que estos tres versos de Antonio Machado:

"Aguda espina dorada,
 ¿quién te pudiera sentir,
 en el corazón clavada?"

resultan menos angustiosos que estos otros:

"Ya que de la esperanza para la vida mía
 triste y descolorida ha llegado el ocaso,
 a mi morada oscura, desmantelada y fría,
 tornemos paso a paso,

(9) J.R. Jiménez, *Primeros libros de poesía*, presentación y prólogo de F. Garfias, Aguilar, BPN, Madrid, 1959, p. 144.

(10) Rafael Lapesa, *Bécquer, Rosalía y Machado*, en *Insula*, abril de 1954.

porque con su alegría no aumente mi amargura
la blanca luz del día”.

¿Acaso Juan Ramón, al perder a su padre y estar obsesionado por la angustia de la muerte, podía ignorar la ansiedad y el sufrimiento de un corazón que se desentiende de las distracciones mundanas? ¿Acaso podía asimismo dejar de percibir la terrible verdad en la propia ausencia de toda floritura o coquetería verbal, en la sencillez y naturalidad del idioma común? Dámaso Alonso afirma que el propio Bécquer, a pesar de su transparencia expresiva, posee mayor afectación lingüística. Sin embargo, fue, además de Heine, el que ejerció una influencia sobre la poetisa. Como él, Rosalía de Castro cultivó la asonancia, la variedad de los metros, las formas y ritmos nuevos, pero su originalidad va siempre encaminada hacia la depuración y Juan Ramón Jiménez, hondamente conmovido por su lirismo, volverá a descubrir por cuenta propia, algunos decenios más tarde, esa ley de la renunciación.

* * *

Cuando casi todos los poetas se dedicaban a declamar y cantar, Rosalía de Castro se atrevió sencillamente a hablar, siguiendo en esto el ejemplo de Bécquer. No es de extrañar por consiguiente que la sinceridad y pureza de su lenguaje, añadidas a la afirmación de su feminidad, hayan trastornado las costumbres literarias de su época. Como crítico, Juan Ramón Jiménez la integró al Modernismo, viendo en ella un precursor, y como poeta, se comunicó espiritualmente con ella. Más allá de las formas métricas y estróficas, de las imágenes y los símbolos, de las concomitancias de palabras y expresiones, lo esencial permanecerá como una resonancia lejana y prolongada: la constante depuración, la melodía interior, la línea poética pura cual una melodía, sin anécdota y sin adorno.